

detalles, que parecen muy pequeños respecto á una historia que debe contarnos escenas tan dramáticas. Pero Bossuet dice magníficamente que «estas cosas tan sencillas de gobernar la familia, edificar á los criados, cumplir con la justicia y la misericordia, hacer el bien que Dios quiere, y sufrir los males que envía, son las prácticas comunes de la vida cristiana, que Jesucristo alabará en el último día delante de los ángeles y delante de su Padre celestial. Las historias se abolirán con los imperios (dice con su acostumbrada elocuencia), y nada se hablará ya de todos esos brillantes hechos de que están llenas.» (1)

Por otra parte, estas costumbres iban siendo más raras al fin del siglo XVI. El amor á la casa y á los cuidados domésticos, que en todas partes se encontraba en la sociedad cristiana, y de que se vanagloriaban las mujeres de la clase media y de la nobleza, va decayendo en el siglo XVII para desaparecer enteramente en el XVIII. Una vida ociosa y negligente es de buen tono; la dueña de la casa no se ocupa en su cuidado, porque creería rebajarse de su clase; es moda levantarse muy tarde, cambiar tres ó cuatro veces al día de traje, pasar las horas en visitas por el día y las noches en el juego; esto es lo que se llama vivir como nobles.

La señora de Chantal tenía, no solamente un alma grande y virtuosa, sino también un talento demasiado claro para dar en tal locura. Su traje, tan modesto antes de casarse, lo fué después mucho más. Viéndose en el campo y al frente de una gran casa, dejó los adornos preciosos de su juventud, los vestidos de seda que tenía derecho á llevar como noble señora (2), y se vistió con las telas más comunes.

(1) *Oración fúnebre del Príncipe de Condé, segunda parte.*

(2) *Isambert: Colección de leyes de Enrique III y Enrique IV sobre los vestidos.*

Pero en esto, como en todo, se advierte en nuestra Santa el delicado afán de no hacer nada que pudiese desagradar al Barón de Chantal. «No llevaba—dice uno de los testigos que declararon en el proceso de su canonización,—sino vestidos de lana, excepto cuando creía no deber rehusar á su esposo el gusto de verla con los de seda y oro que le habían hecho para su matrimonio.» (1) «Por lo demás—dice la Madre de Chaugy,—llevaba sus vestidos de lana con tal gracia, tan limpios y arreglados, que parecía más adornada cien veces que otras que arruinan sus casas con su lujo y perifollos. Así—dice también la madre de Chaugy con su gracia acostumbrada,—no tenía necesidad de mendigar el brillo de su hermosura á los adornos del traje.» (2) La hermosura de su alma se reflejaba en su rostro, el cual resplandecía con esa mezcla de inocencia y de modestia que no puede compararse con nada.

Al tiempo mismo que renunciaba á la vanidad, la Baronesa de Chantal se consagraba al trabajo. «Sus dedos—dice uno de sus biógrafos,—no descansaban. Cuando, por la mañana, después de oír Misa, había visitado las cocinas, los patios y aun algunas veces las granjas más apartadas, y cuando había dedicado á todas estas dependencias esa mirada del amo que todo lo hace prosperar, se la veía volver alegre y amable y tomar en seguida su labor, que no interrumpía sino por necesidad ó cuando tenía visitas, y aun en este caso era preciso fuesen personas de cumplido, pues si no lo eran hacía traer su mesita, y después de una amable excusa continuaba trabajando.»

En una vida tan útilmente ocupada, no había espacio para leer esas novelas perniciosas que empezaban

(1) *Declaración de la Madre María Amada de Sonnaz. Id. de la Hermana María Filiberta de Monthouz y de la Hermana María Francisca de Gruel, sup. art. 16.*

(2) *Memorias de la Madre de Chaugy, pág. 17.*

á correr con profusión. Es público que la literatura del siglo XVI resucitaba inmoral y excéptica; Montaigne se había burlado de todo, y todo lo había manchado Rabelais. Muchos de sus discípulos procuraban imitar la risa del uno y el estilo libertino del otro. Los hombres graves lamentaban este desorden, y el mismo San Francisco de Sales, con toda su dulzura, no puede contenerse y truena hablando de «esos libros que las cabezas huertas admiran, por las vanas sutilezas que en ellos aprenden: como el infame Rabelais y ciertos escritores de nuestros días, que hacen profesión de dudar de todo, de despreciarlo todo y de mofarse de todas las máximas de la antigüedad» (1). Aunque el anciano Barón había pasado su vida en los campamentos, había, no obstante, reunido en el castillo cierto número de estos libros, unos frívolos y otros licenciosos para pasar con menos disgusto las largas noches de invierno. La señora de Chantal los hizo quemar todos con horror, no queriendo ni aun tocarlos con el pie. «Sus lecturas diarias eran las vidas de los Santos y los Anales de la historia de Francia» (2). Leía con gusto estas historias, manantial de emociones verdaderas, sencillas y profundas, donde aprendía á conocer y amar cada día más á la Iglesia y á la Francia, estas dos patrias del cielo y de la tierra, cuyo amor hace latir todos los corazones.

El servir á los pobres contribuía á dar ocupación y santificar una vida tan llena ya de buenas obras. Todos los días, después de comer, recibía á la puerta del castillo á cuantos pobres venían á buscar su alimento. Tomaba con sus manos las escudillas que traían y las llenaba de sopa; les cortaba el pan, y los servía con tanto gusto como si fueran hijos suyos. Se notó muchas veces que durante la comida de los pobres, se ponía de repente

(1) *Carta* á un caballero que iba á seguir la Corte, 8 de Diciembre de 1630.

(2) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 18.

pensativa y silenciosa, dejando correr lágrimas por su rostro, oyéndosela decir: «He tenido hambre, y me disteis de comer.» Si alguno de sus pobres diarios faltaba á la cita, ó si la señora Juana (era una de las más antiguas criadas del castillo, á quien se llamaba así por respeto á su virtud aún más que por sus años), había descubierto «alguna nueva miseria», partía apresurada, por mal tiempo que hiciese, penetrando con respeto en las cabañas más ahumadas y sucias, les daba pan, vestidos y remedios; se lo distribuía con tan buenas palabras, con un rostro tan afable que, según la tierna expresión de los pobres de Bourbilly, *era un gusto estar enfermo, por tener el consuelo de verse visitado por la Santa Baronesa.*

Uno de los testigos oídos en el proceso de canonización, Juana Pouthiot, antigua pastora del castillo de Bourbilly, dió acerca de estos actos de caridad de la señora de Chantal detalles encantadores, desconocidos hasta aquí y del más vivo interés. Después de haber prestado juramento en manos de los notarios apostólicos, y declarado había nacido en Bourbilly y tener noventa años, examinada por ellos, y reconocido que, á pesar de su avanzada edad, gozaba de su entero juicio y perfecta memoria, «*declara* que ha visto hace unos sesenta y cinco á la señora Juana Francisca Fremiot en su castillo y casa fuerte de Bourbilly; que toda la ocupación de dicha señora era servir á los pobres enfermos de la aldea de Bourbilly, ayudarles con sus propios bienes, haciendo á cada uno una limosna extraordinaria en su expresado castillo. Además de esto, la referida señora tenía siempre un puchero separado, lleno de carne y caldo, destinado sólo para darlo de caridad á los pobres enfermos; que la misma señora llevaba personalmente los caldos y los alimentos á los dichos pobres enfermos de Bourbilly, á los cuales daba todos los socorros posibles, levantándoles, limpiándoles la basu-

ra y haciéndoles las camas.» Todo lo cual, la dicha Pouthiot ha visto hacer y practicar á esta señora con los nombrados aquí abajo, en tiempo de su enfermedad, que era contagiosa, á saber: con Celso Benigno Piverneau, Pedro Chaillot, Auberto Piverneau, Magdalena Fardeau, mujer de Francisco Milletot, labrador de Bourbilly, y otros en sus casas, cuidándoles y vistiéndoles con sus propias camisas como á sus hijos.» (1)

Otro testigo, Brígida Baubis, hija política de Margarita Potot, criada de la Santa, después de haber contado los mismos hechos, añade otros que son aún más admirables. Preguntada, bajo la fe del juramento, por los comisarios apostólicos, y reconocida también de razón perfecta y de buena memoria, á pesar de sus setenta años, declaró: «Que la dicha señora de Chantal manifestaba sobre todo su caridad con las mujeres en el tiempo de sus partos. Se acuerda haber oído decir muchas veces á Margarita Potot, su suegra, que acompañaba siempre á esta señora á las casas de las mujeres que estaban paridas ó se encontraban de parto, que convidaba á la dicha Potot, su criada, á ejercitar siempre esta caridad, y con esta condición le dió muchos bienes; que durante tres meses que la llamada Magdalena Fardeau, mujer de Francisco Milletot, labrador del dicho Bourbilly, estuvo enferma de resultas de un parto, la expresada señora no dejaba de ir diariamente á cuidarla; acompañada de la dicha Potot, su criada, la llevaba caldos y otros alimentos; y no contenta con esto, la misma señora la sostenía y cuidaba, hasta el extremo de quitarla la basura y porquería, limpiándola y lavándola como si hubiera sido su hija, y poniéndola sus mismas camisas.» (2)

El rasgo siguiente, contado por los mismos testigos

(1) *Proceso de canonización*. Declaración de los habitantes de Bourbilly.

(2) *Ibid.*

es aún más hermoso. Una tarde vinieron á decir á la señora de Chantal que la mujer de Antonio Rigal, labrador de Bourbilly, estaba muy mala de parto, y que por ser muy laborioso se temía por la vida del hijo y de la madre. La Santa sale apresuradamente y pasa parte de la noche cuidando á la pobre mujer, que parecía no tener ya remedio; pero instada por todos los que allí estaban, consiente en retirarse para ir á descansar un rato. Pocos instantes después de haber salido, la pobre doliente mejora sensiblemente, y el parto, aquel parto que debía, según la opinión de todos, acabar con la vida de la madre, se verifica como por milagro. Júzguese de la alegría de Antonio Rigol. Pero ¿qué diremos de su reconocimiento y admiración cuando, al abrir la puerta de su choza, se encuentra de rodillas en el suelo, á la mitad de la noche, y á su misma puerta, á la Santa Baronesa de Chantal, que creía ya en su casa, y á quien conoce deber la vida de su mujer y de su hijo? Escenas son éstas que no se encuentran sino en la vida de los Santos, y cuando se piensa que la que practicaba estos actos de caridad heroica tenía veintitantos años, un nombre ilustre, una brillante fortuna y cuanto incita al alma para gozar de la vida, se siente uno con los ojos bañados en involuntario llanto, bendiciendo á Dios, que es admirable en sus Santos.

Muchas veces, al volver de sus correrías, otros desgraciados esperaban á la señora de Chantal. Como señor de Bourbilly, el Barón de Chantal ejercía el cargo de Juez, y ya por un delito, ya por otro, se encerraba á los paisanos en las cárceles del castillo. Nuestra Santa era el ángel de estos desdichados. Si la falta era ligera, iba á buscar al señor de Chantal, y con sus ruegos y caricias alcanzaba la libertad del preso. Algunas veces también aprovechaba estas ocasiones para hacer á su esposo dulces reconvenciones sobre su genio vivo. «Verdad es—decía éste—que soy un poco vivo, pero

vos sois buena en demasia.» Si, por el contrario, la falta era grave, y el señor de Chantal estaba inflexible, iba en secreto á visitar y consolar al preso; y como el calabozo era húmedo y malsano, cuando por la noche se habían acostado los criados le hacía salir muy calladito y le llevaba á un cuarto donde le había dispuesto una buena cama. Al otro día por la mañana le volvía á su cárcel, y con el corazón rebosando de la alegría que acompaña á todo acto de abnegación, iba con la sonrisa en los labios á dar los buenos días al señor de Chantal (1).

Mientras que nuestra joven Santa derramaba así la fortaleza y ternura de que su corazón estaba lleno, supo de repente una noticia que la conmovió profundamente. Margarita, su hermana mayor, que, como recordará el lector, había venido de Poitou á Borgoña para asistir á la boda de Juana, no se había vuelto, y continuaba viviendo, ya en Bourbilly, ya en Semur, en casa del Presidente, su padre, en donde de improviso había sido atacada de un mal tan repentino y terrible, que el Sr. de Fremiot escribía á su hija viniese lo más pronto posible, si quería verla viva y abrazarla. La señora de Chantal fué precipitadamente, y llegó en los momentos en que iba á concluir su existencia. Margarita sólo contaba veintitrés años, tenía tres hijos pequeños, y estaba embarazada de seis meses del cuarto. Para colmo de desgracias, el Sr. Barón des Frans, que padecía ya de la enfermedad á que debía sucumbir tan pronto, estaba tomando las aguas medicinales (2). ¡Júzguese del dolor de la Santa con golpe tan terrible! Amaba tiernamente á Margarita, de quien casi nunca se había separado, y había vivido siempre con ella en

(1) Declaración de la Hermana María Amada de Sonnaz, *sup.* art. 14.

(2) *Diario del consejero Breunot*, 19 de Junio de 1593.

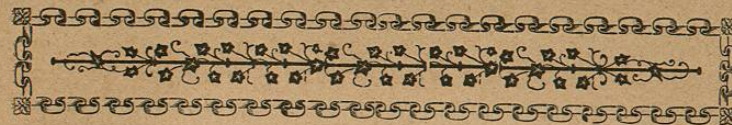
la unión más íntima y tierna (1). Así la lloró amargamente, y mientras volvía el Barón des Frans, se llevó á los huerfanitos á su castillo de Bourbilly (2).

A esta pena sucedieron otras dos, más sensibles aún al corazón de la Santa, pero sobre las cuales las pesquisas más minuciosas no han podido conseguir darnos el menor detalle. Por dos veces, en 1593 y 1594, tuvo la felicidad de ser madre, y las dos veces vió morir á sus hijos en el momento de salir de su seno, probando así, casi de golpe, lo más infame y elevado de la alegría con lo más amargo y desgarrador del dolor. Dios principiaba ya á probar á su sierva, acercando á sus labios el cáliz de amargura que debía beber después á grandes tragos. Pero no hacía más que acercárselo, y antes de que llegase la hora de las grandes pruebas la concedía aún seis años de pura y perfecta felicidad. Fué madre cuatro veces, y vió bendecida su tierna unión con el Barón de Chantal con un hijo y tres hijas. El lector gustaría de saber cuáles eran los sentimientos que llenaban el alma de nuestra joven Santa cada vez que el Señor la concedía la gran bendición de la maternidad. ¡Qué reconocimiento por esta gracia! ¡Qué amor á la inocente alma que se la confiaba! ¡Qué aumento de piedad, de pureza, de intención! ¡Qué delicadeza y qué unción tan íntima con Dios para no inspirar á este pequeño ser sino las más santas inclinaciones! Desgracia-

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 12.

(2) Véase en Epoisses, en la oficina del Sr. Jacobo, notario, el original de un contrato de matrimonio de 29 de Agosto de 1601, al pie del cual se ve la firma de la señora de Chantal. Es el contrato de matrimonio de la antigua ama de llaves de la Baronesa des Frans, que nuestra Santa había traído á Bourbilly con los hijos de su hermana, y que no dejó ya á su nueva ama sino para casarse en 1601. Santa Juana Francisca firma el contrato y hace un regalo á la novia. Se ve por este contrato que el Barón des Frans había ya fallecido en el expresado año de 1601, y que el Sr. Presidente Fremiot era tutor de los niños huérfanos.

damente, la historia sobre este punto es sumamente lacónica. Unicamente sabemos que la primera acción de la señora de Chantal en el momento de nacer sus hijos era tomarlos en sus brazos, levantarlos hacia el cielo para consagrarlos á Dios y ponerlos bajo la protección de la Santísima Virgen. Sabemos también que á pesar de ser joven, de salud delicada y encargada del cuidado de una gran casa, quiso criar á sus hijos con su leche. Aquí terminan nuestras noticias, y por tanto, será menester esperar algunos años para conocer á la señora de Chantal como madre. La veremos entonces presidir por sí misma á la educación de sus hijos, formarlos en su adolescencia y juventud, depositando en sus corazones esos principios de sólida virtud que no olvidará nunca su hijo, aun entre la vida disipada de la corte y del ejército, y que harán de sus hijas tan amables y firmes cristianas en el mundo.



CAPÍTULO III

La señora de Chantal en medio de los placeres y honores del mundo. Triunfo de Enrique IV y su entrada en Dijón. Primeros milagros de Santa Juana Francisca Fremiot. Muerte del Barón, su esposo.

—
1595—1601

No se crea que la señora de Chantal vivía en una profunda soledad en el castillo de Bourbilly únicamente ocupada en el cuidado de sus hijos, criados y domésticos. La vida que en aquella época se pasaba en los castillos era, al menos durante una parte del año, muy variada y animada. Los señores no tenían aún la costumbre de dejar sus dominios para vivir en ciudades. Retirados en sus castillos, cuya soledad les molestaba muchas veces, salían de ellos sin cesar: en el verano para ir á la guerra, lo que era aún el mayor placer de la nobleza, que podemos calificar de resto de la caballería moribunda, y en el invierno para entregarse á la diversión del juego ó de la caza, ó sola y sencillamente para buscar el trato agradable de amigos y conocidos, pues la sociedad más culta y fina, al fin del siglo XVI, principiaba á buscar y gozar de los encantos de la buena conversación.

En este concepto, el castillo de Bourbilly estaba colocado en una situación admirable. Era una hermosa posesión reedificada hacía muy poco tiempo por el anciano